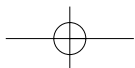
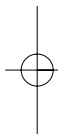
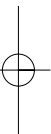


# Los hechos

El Priorato de Sión —sociedad secreta europea fundada en 1099— es una organización real. En 1975, en la Biblioteca Nacional de París se descubrieron unos pergaminos conocidos como *Les Dossiers Secrets*, en los que se identificaba a numerosos miembros del Priorato de Sión, entre los que destacaban Isaac Newton, Sandro Boticelli, Victor Hugo y Leonardo Da Vinci.

La prelatura vaticana conocida como Opus Dei es una organización católica de profunda devoción que en los últimos tiempos ha sido objeto de gran controversia a causa de informes en los que se habla de lavado de cerebro, uso de métodos coercitivos y de una peligrosa práctica conocida como «mortificación corporal». El Opus Dei acaba de culminar la construcción de su sede estadounidense, con un coste de 47 millones de dólares, en Lexington Avenue, Nueva York.

Todas las descripciones de obras de arte, edificios, documentos y rituales secretos que aparecen en esta novela son veraces.



# Prólogo

Museo del Louvre, París.  
10:46 p.m.

Jacques Saunière, el renombrado conservador, avanzaba tambaleándose bajo la bóveda de la Gran Galería del Museo. Arremetió contra la primera pintura que vio, un Caravaggio. Agarrando el marco dorado, aquel hombre de setenta y seis años tiró de la obra de arte hasta que la arrancó de la pared, desplomándose y cayendo boca arriba con el lienzo encima.

Tal como había previsto, cerca se oyó el chasquido de una reja de hierro que, al cerrarse, bloqueó el acceso a la sala. El suelo de madera tembló. Lejos, se disparó una alarma.

El conservador se quedó ahí tendido un momento, jadeando, evaluando la situación. «Todavía estoy vivo.» Se dio la vuelta, se desembarazó del lienzo y buscó con la mirada algún sitio donde esconderse en aquel espacio cavernoso.

—No se mueva —dijo una voz muy cerca de él.

A gatas, el conservador se quedó inmóvil y volvió despacio la cabeza. A sólo cinco metros de donde se encontraba, del otro lado de la reja, la imponente figura de su atacante le miraba por entre los barrotes. Era alto y corpulento, con la piel muy pálida, fantasmagórica, y el pelo blanco y escaso. Los iris de los ojos eran rosas y las pupilas, de un rojo oscuro. El albino se sacó una pistola del abrigo y le apuntó con ella entre dos barrotes.

—No debería haber salido corriendo. —Su acento no era fácil de ubicar—. Y ahora dígame dónde está.

—Ya se lo he dicho —balbuceó Saunière, de rodillas, indefenso, en el suelo de la galería—. ¡No tengo ni idea de qué me habla!

—Miente. —El hombre lo miró, totalmente inmóvil salvo por el destello de sus extraños ojos—. Usted y sus hermanos tienen algo que no les pertenece.

El conservador sintió que le subía la adrenalina. «¿Cómo podía saber algo así?»

—Y esta noche volverá a manos de sus verdaderos custodios. Dígame dónde lo ocultan y no le mataré. —Apuntó a la cabeza del conservador—. ¿O es un secreto por el que sería capaz de morir?

Saunière no podía respirar.

El hombre inclinó la cabeza, observando el cañón de la pistola.

Saunière levantó las manos para protegerse.

—Espere —dijo con dificultad—. Le diré lo que quiere saber.

Escogió con cuidado las siguientes palabras. La mentira que dijo la había ensayado muchas veces... rezando siempre para no tener que recurrir nunca a ella.

Cuando el conservador terminó de hablar, su atacante sonrió, incrédulo.

—Sí, eso mismo me han dicho los demás.

Saunière se retorció.

—¿Los demás?

—También he dado con ellos —soltó el hombre con desprecio—. Con los tres. Y me han dicho lo mismo que usted acaba de decirme.

«¡No es posible!» La identidad real del conservador, así como la de sus tres *sénéchaux*, era casi tan sagrada como el antiguo secreto que guardaban. Ahora Saunière se daba cuenta de que sus senescales, siguiendo al pie de la letra el procedimiento, le habían dicho la misma mentira antes de morir. Era parte del protocolo.

El atacante volvió a apuntarle.

—Cuando usted ya no esté, yo seré el único conocedor de la verdad.

La verdad. En un instante, el conservador comprendió el horror de la situación. «Si muero, la verdad se perderá para siempre.» Instintivamente, trató de encogerse para protegerse al máximo.

Se oyó un disparo y Saunière sintió el calor abrasador de la bala que se le hundía en el estómago. Cayó de bruces, luchando contra el dolor. Despacio, se dio la vuelta y miró a su atacante, que seguía al otro lado de la reja y lo apuntaba directamente a la cabeza.

El conservador cerró los ojos y sus pensamientos se arremolinaron en una tormenta de miedo y lamentaciones.

El chasquido de un cargador vacío resonó en el pasillo.

Saunière abrió los ojos.

El albino contemplaba el arma entre sorprendido y divertido. Se puso a buscar un segundo cargador, pero pareció pensárselo mejor y le dedicó una sonrisa de superioridad a Saunière.

—Lo que tenía que hacer ya lo he hecho.

El conservador bajó la vista y se vio el orificio producido por la bala en la tela blanca de la camisa. Estaba enmarcado por un pequeño círculo de sangre, unos centímetros más abajo del esternón. «Mi estómago.» Le parecía casi cruel que el disparo no le hubiera alcanzado el corazón. Como veterano de la Guerra de Argelia, a Saunière le había tocado presenciar aquella muerte lenta y horrible por desangramiento. Sobreviviría quince minutos mientras los ácidos de su estómago se le iban metiendo en la cavidad torácica, envenenándolo despacio.

—El dolor es bueno, señor —dijo el hombre antes de marcharse.

Una vez solo, Jacques Saunière volvió la vista de nuevo hacia la reja metálica. Estaba atrapado, y las puertas no podían volver a abrirse al menos hasta dentro de veinte minutos. Cuando alguien lo encontrara, ya estaría muerto. Sin embargo, el miedo que ahora se estaba apoderando de él era mucho mayor que el de su propia extinción.

«Debo transmitir el secreto».

Luchando por incorporarse, se imaginó a sus tres hermanos asesinados. Pensó en las generaciones que lo habían precedido..., en la misión que a todos les había sido confiada.

«Una cadena ininterrumpida de saber.»

Y de pronto, ahora, a pesar de todas las precauciones..., a pesar de todas las medidas de seguridad..., Jacques Saunière era el único es-

labón vivo, el único custodio de uno de los mayores secretos jamás guardados.

Temblando, consiguió ponerse de pie.

«Debo encontrar alguna manera de...»

Estaba encerrado en la Gran Galería, y sólo había una persona en el mundo a quien podía entregar aquel testigo. Levantó la vista para encontrarse con las paredes de su opulenta prisión. Las pinturas de la colección más famosa del mundo parecían sonreírle desde las alturas como viejas amigas.

Retorciéndose de dolor, hizo acopio de todas sus fuerzas y facultades. Sabía que la desesperada tarea que tenía por delante iba a precisar de todos los segundos que le quedaran de vida.

# 1

Robert Langdon tardó en despertarse.

En la oscuridad sonaba un teléfono, un sonido débil que no le resultaba familiar. A tientas buscó la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Con los ojos entornados, miró a su alrededor y vio el elegante dormitorio renacentista con muebles estilo Luis XVI, frescos en las paredes y la gran cama de caoba con dosel.

«Pero ¿dónde estoy?»

El albornoz que colgaba de la cama tenía bordado un monograma: HOTEL RITZ PARÍS.

Lentamente, la niebla empezó a disiparse.

Langdon descolgó el teléfono.

—¿Diga?

—¿*Monsieur* Langdon? —dijo la voz de un hombre—. Espero no haberle despertado.

Aturdido, miró el reloj de la mesilla. Eran las 12:32. Sólo llevaba en la cama una hora, pero se había dormido profundamente.

—Le habla el recepcionista, *Monsieur*. Lamento molestarle, pero aquí hay alguien que desea verle. Insiste en que es urgente.

Langdon seguía desorientado. «¿Una visita?» Ahora fijó la vista en un tarjetón arrugado que había en la mesilla.

LA UNIVERSIDAD AMERICANA DE PARÍS  
SE COMPLACE EN PRESENTAR  
LA CONFERENCIA DE ROBERT LANGDON  
PROFESOR DE SIMBOLOGÍA RELIGIOSA  
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Langdon emitió un gruñido. La conferencia de aquella noche —una charla con presentación de diapositivas sobre la simbología pagana oculta en los muros de la catedral de Chartres— seguramente había levantado ampollas entre el público más conservador. Y era muy probable que algún académico religioso le hubiera seguido hasta el hotel para entablar una discusión con él.

—Lo siento —dijo Langdon—, pero estoy muy cansado.

—*Mais, Monsieur* —insistió el recepcionista bajando la voz hasta convertirla en un susurro imperioso—, su invitado es un hombre muy importante.

A Langdon no le cabía la menor duda. Sus libros sobre pintura religiosa y simbología lo habían convertido, a su pesar, en un personaje famoso en el mundo del arte, y durante el año anterior su presencia pública se había multiplicado considerablemente tras un incidente muy divulgado en el Vaticano. Desde entonces, el flujo de historiadores importantes y apasionados del arte que llamaban a su puerta parecía no tener fin.

—Si es tan amable —dijo Langdon, haciendo todo lo posible por no perder las formas—, anote el nombre y el teléfono de ese hombre y dígame que intentaré contactar con él antes de irme de París el martes. Gracias.

Y colgó sin dar tiempo al recepcionista a protestar.

Sentado en la cama, Langdon miró el librito de bienvenida del hotel que vio en la mesilla y el título que anunciaba: DUERMA COMO UN ÁNGEL EN LA CIUDAD LUZ. SUEÑE EN EL RITZ DE PARÍS. Se dio la vuelta y se miró, soñoliento, en el espejo que tenía delante. El hombre que le devolvía la mirada era un desconocido, despeinado, agotado...

«Te hacen falta unas vacaciones, Robert.»

La tensión acumulada durante el año le estaba pasando factura, pero no le gustaba verlo de manera tan obvia reflejado en el espejo. Sus ojos azules, normalmente vivaces, le parecían borrosos y gastados aquella noche. Una barba incipiente le oscurecía el rostro de recia mandíbula y barbilla con hoyuelo. En las sienes, las canas proseguían su avance, y hacían cada vez más incursiones en su espesa mata de pelo negro. Aunque sus colegas femeninas insistían en que acentuaban su atractivo intelectual, él no estaba de acuerdo.

«Si me vieran ahora los del *Boston Magazine*.»

El mes anterior, para su bochorno, la revista lo había incluido en la lista de las diez personas más fascinantes de la ciudad, dudoso honor que le había convertido en el blanco de infinidad de burlas de sus colegas de Harvard. Y aquella noche, a más de cinco mil kilómetros de casa, aquella fama había vuelto a precederle en la conferencia que había pronunciado.

—Señoras y señores —dijo la presentadora del acto ante el público que abarrotaba la sala del Pabellón Dauphine, en la Universidad Americana—, nuestro invitado de hoy no necesita presentación. Es autor de numerosos libros: *La simbología de las sectas secretas*, *El arte de los Illuminati*, *El lenguaje perdido de los ideogramas...* y si les digo que ha escrito el libro más importante sobre *Iconología religiosa*, no lo digo porque sí. Muchos de ustedes utilizan sus obras como libros de texto en sus clases.

Los alumnos presentes entre el público asintieron con entusiasmo.

—Había pensado presentarlo esta noche repasando su impresionante currículum. Sin embargo —añadió dirigiendo una sonrisa de complicidad a Langdon, que estaba sentado en el estrado—, un asistente al acto me ha hecho llegar una presentación, digamos, más «fascinante».

Y levantó un ejemplar del *Boston Magazine*.

Langdon quiso que se lo tragara la tierra. «¿De dónde había sacado aquello?»

La presentadora empezó a leer algunos párrafos de aquel superficial artículo y Langdon sintió que se encogía más y más en su asiento. Treinta segundos después, todo el público sonreía, y a la mujer no se le veía la intención de concluir.

—Y la negativa del señor Langdon a hacer declaraciones públicas sobre su atípico papel en el cónclave del Vaticano del año pasado no hace sino darle más puntos en nuestro «fascinómetro» particular. —La presentadora ya tenía a los asistentes en el bolsillo—. ¿Les gustaría saber más cosas de él?

El público empezó a aplaudir.

«Que alguien se lo impida», suplicó mentalmente Langdon al ver que volvía a clavar la vista en aquel artículo.

—Aunque tal vez el profesor Langdon —continuó la presentadora— no sea lo que llamaríamos un guapo oficial, como algunos de nuestros nominados más jóvenes; es un cuarentón interesante, con ese poderoso atractivo propio de ciertos intelectuales. Su cautivadora presencia se combina con un tono de voz muy grave, de barítono, que sus alumnas describen muy acertadamente como «un regalo para los oídos».

Toda la sala estalló en una carcajada.

Langdon esbozó una sonrisa de compromiso. Sabía lo que venía a continuación, una frase ridícula que decía algo de «Harrison Ford con traje de *tweed*», y como aquella tarde se había creído estar a salvo de todo aquello y se había puesto, en efecto, su *tweed* y su suéter Burberry de cuello alto, decidió anticiparse a los hechos.

—Gracias, Monique —dijo Langdon, levantándose antes de tiempo y apartándola del atril—. No hay duda de que en el *Boston Magazine* están muy bien dotados para la literatura de ficción. —Miró al público suspirando, avergonzado—. Si descubro quién de ustedes ha filtrado este artículo, conseguiré que el consulado garantice su deportación.

El público volvió a reírse.

—En fin, como bien saben, estoy aquí esta noche para hablarles del poder de los símbolos.

El sonido del teléfono en su habitación volvió a romper el silencio.

Gruñendo con una mezcla de indignación e incredulidad, descolgó.

—¿Diga?

Como suponía, era el recepcionista.

—Señor Langdon, discúlpeme otra vez. Le llamo para informarle de que la visita va camino de su habitación. Me ha parecido que debía advertírselo.

Ahora Langdon sí estaba totalmente despierto.

—¿Ha dejado subir a alguien a mi habitación sin mi permiso?

—Lo siento, *Monsieur*, pero es que este señor es...; no me he visto con la autoridad suficiente para impedirselo.

—¿Quién es exactamente? —le preguntó.

Pero el recepcionista ya había colgado.

Casi al momento, llamaron con fuerza a la puerta.

Vacilante, Langdon se levantó de la cama, notando que los pies se le hundían en la alfombra de Savonnerie. Se puso el albornoz y se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Señor Langdon? Tengo que hablar con usted. —El hombre se expresaba con acento francés y empleaba un tono seco, autoritario—. Soy el teniente Jérôme Collet, de la Dirección Central de la Policía Judicial.

Langdon se quedó un instante en silencio. «¿La Policía Judicial?» La DCPJ era, más o menos, el equivalente al FBI estadounidense.

Sin retirar la cadena de seguridad, Langdon entreabrió la puerta. El rostro que vio al otro lado era alargado y ojeroso. Estaba frente a un hombre muy delgado que llevaba un uniforme azul de aspecto oficial.

—¿Puedo entrar? —le preguntó el agente.

Langdon dudó un momento, mientras los ojos amarillentos de aquel hombre lo escrutaban.

—¿Qué sucede?

—Mi superior precisa de sus conocimientos para un asunto confidencial.

—¿Ahora? Son más de las doce.

—¿Es cierto que tenía que reunirse con el conservador del Louvre esta noche?

A Langdon le invadió de pronto una sensación de malestar. El prestigioso conservador Jacques Saunière y él habían quedado en reunirse para tomar una copa después de la conferencia, pero Saunière no se había presentado.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Hemos encontrado su nombre en su agenda.

—Espero que no le haya pasado nada malo.

El agente suspiró muy serio y le alargó una fotografía Polaroid a través del resquicio de la puerta.

Cuando Langdon la miró, se quedó de piedra.

—Esta foto se ha realizado hace menos de una hora, en el interior del Louvre.

Siguió unos instantes con la vista fija en aquella extraña imagen, y su sorpresa y repulsión iniciales dieron paso a una oleada de indignación.

—¿Quién puede haberle hecho algo así?

—Nuestra esperanza es que usted nos ayude a responder a esa pregunta, teniendo en cuenta sus conocimientos sobre simbología y la cita que tenía con él.

Langdon volvió a fijarse en la foto, y en esta ocasión al horror se le sumó el miedo. La imagen era espantosa y totalmente extraña, y le provocaba una desconcertante sensación de *déjà vu*. Haría poco más de un año, Langdon había recibido la fotografía de otro cadáver y una petición similar de ayuda. Veinticuatro horas después, casi pierde la vida en la Ciudad del Vaticano. Aunque aquella imagen era muy distinta, había algo en el decorado que le resultaba inquietantemente familiar.

El agente consultó el reloj.

—Mi capitán espera, señor.

Langdon apenas le oía. Aún tenía la vista clavada en la fotografía.

—Este símbolo de aquí, y el cuerpo en esa extraña...

—¿Posición? —apuntó el agente.

Langdon asintió, sintiendo un escalofrío al levantar la vista.

—No me cabe en la cabeza que alguien haya podido hacer algo así.

El rostro del agente se contrajo.

—Creo que no lo entiende, señor Langdon. Lo que ve en esta foto... —Se detuvo un instante—. *Monsieur* Saunière se lo hizo a sí mismo.

## 2

A menos de dos kilómetros de ahí, Silas, el imponente albino, cruzó cojeando la verja de entrada a una lujosa residencia en la Rue de La Bruyère. El cilicio que llevaba atado al muslo se le hundía en la carne, pero su alma se regocijaba por el servicio que le prestaba al Señor.

«El dolor es bueno.»

Al entrar en la residencia, escrutó el vestíbulo con sus ojos rojos. Vacío. Subió la escalera con sigilo para no despertar a los demás numerarios. La puerta de su dormitorio estaba abierta; las cerraduras estaban prohibidas en aquel lugar. Entró y ajustó la puerta tras de sí.

La habitación era espartana. Suelos de madera, una cómoda de pino y una cama en un rincón. Allí sólo llevaba una semana, estaba de paso, pero en Nueva York hacía muchos años que gozaba de la bendición de un refugio parecido.

«El Señor me ha dado un techo y le ha conferido sentido a mi vida.»

Aquella noche, al fin, Silas había sentido que estaba empezando a pagar la deuda que había contraído. Se acercó deprisa a la cómoda y buscó el teléfono móvil en el último cajón. Marcó un número.

—¿Diga? —respondió una voz masculina.

—Maestro, he vuelto.

—Hable —ordenó su interlocutor, alegrándose de tener noticias tuyas.

—Los cuatro han desaparecido. Los tres senescales... y también el Gran Maestro.

Se hizo un breve silencio como de oración.

—En ese caso, supongo que está en poder de la información.

—Los cuatro coincidieron. De manera independiente.

—¿Y usted les creyó?

—Su acuerdo era tan absoluto que no podía deberse a la casualidad.

Se oyó un suspiro de entusiasmo.

—Magnífico. Tenía miedo de que su fama de secretismo acabara imponiéndose.

—La perspectiva de la muerte condiciona mucho.

—Y bien, discípulo, dígame lo que debo saber.

Silas era consciente de que la información que había sonsacado a sus víctimas sería toda una sorpresa.

—Maestro, los cuatro han confirmado la existencia de la *clef de voûte*... la legendaria «clave de bóveda».

Oyó la respiración emocionada de su Maestro al otro lado de la línea.

—La clave. Tal como sospechábamos.

Según la tradición, la hermandad había creado un mapa de piedra —una *clef de voûte* o clave de bóveda—, una tablilla en la que estaba grabado el lugar donde reposaba el mayor secreto de la orden... una información tan trascendental que su custodia justificaba por sí misma la existencia de aquella organización.

—Cuando nos hagamos con la clave —dijo El Maestro—, ya sólo estaremos a un paso.

—Estamos más cerca de lo que cree. La piedra, o clave, está aquí, en París.

—¿En París? Increíble. Parece casi demasiado fácil.

Silas le relató los sucesos de aquella tarde, el intento desesperado de sus cuatro víctimas por salvar sus vidas vacías de Dios revelándole el secreto. Los cuatro le habían contado a Silas exactamente lo mismo, que la piedra estaba ingeniosamente oculta en un lugar concreto de una de las antiguas iglesias parisinas: la de Saint-Sulpice.

—¡En una casa de Dios! —exclamó El Maestro—. ¡Cómo se mofan de nosotros!

—Llevan siglos haciéndolo.

El Maestro se quedó en silencio, asimilando el triunfo de aquel instante.

—Le ha hecho un gran servicio al Señor. Llevamos siglos esperando este momento. Ahora debe traerme la piedra. Esta noche. Estoy seguro de que entiende todo lo que está en juego.

Silas sabía que estaba en juego algo incalculable, y aun así lo que le pedía El Maestro le parecía imposible.

—Pero es que la iglesia es una fortaleza. Y más de noche. ¿Cómo voy a entrar?

Con la seguridad propia del hombre influyente que era, El Maestro le explicó cómo debía hacerlo.

Cuando Silas colgó, era presa de una impaciencia inenarrable.

«Una hora», se dijo a sí mismo, agradecido de que El Maestro le hubiera concedido tiempo para hacer penitencia antes de entrar en la casa de Dios. «Debo purgar mi alma de los pecados de hoy.» Las ofensas contra el Señor que había cometido ese día tenían un propósito sagrado. Hacía siglos que se perpetraban actos de guerra contra los enemigos de Dios. Su perdón estaba asegurado.

Pero Silas sabía que la absolución exigía sacrificio.

Cerró las persianas, se desnudó y se arrodilló en medio del cuarto. Bajó la vista y examinó el cilicio que le apretaba el muslo. Todos los seguidores verdaderos de *Camino* llevaban esa correa de piel salpicada de púas metálicas que se clavaban en la carne como un recordatorio perpetuo del sufrimiento de Cristo. Además, el dolor que causaba servía también para acallar los deseos de la carne.

Aunque ya hacía más de dos horas que Silas llevaba puesto el cilicio, que era el tiempo mínimo exigido, sabía que aquel no era un día cualquiera. Agarró la hebilla y se lo apretó un poco más, sintiendo que las púas se le hundían en la carne. Expulsó aire lentamente, saboreando aquel ritual de limpieza que le ofrecía el dolor.

«El dolor es bueno», susurró Silas, repitiendo el mantra sagrado del padre Josemaría Escrivá, El Maestro de todos los Maestros. Aunque había muerto en 1975, su saber le había sobrevivido, y sus palabras aún las pronunciaban entre susurros miles de siervos devotos en

todo el mundo cuando se arrodillaban y se entregaban a la práctica sagrada conocida como «mortificación corporal».

Ahora Silas centró su atención en la cuerda de gruesos extremos anudados que tenía en el suelo, junto a él. «La Disciplina.» Los nudos estaban recubiertos de sangre reseca. Impaciente por recibir los efectos purificadores de su propia agonía, Silas dijo una breve oración y acto seguido, agarrando un extremo de la cuerda, cerró los ojos y se azotó con ella por encima del hombro, notando que los nudos le golpeaban la espalda. Siguió azotándose una y otra vez.

*Castigo corpus meum.*

Al cabo de un rato, empezó a sangrar.

# 3

El aire frío de abril se colaba por la ventanilla abierta del Citroën ZX, que avanzaba a toda velocidad en dirección sur, más allá de la Ópera, a la altura de la Place Vendôme. En el asiento del copiloto, Robert Langdon veía que la ciudad se desplegaba ante sus ojos mientras él intentaba aclararse las ideas. La ducha rápida y el afeitado le habían dejado más o menos presentable, pero no habían logrado apenas reducir su angustia. La terrorífica imagen del cuerpo del conservador del Louvre permanecía intacta en su mente.

«Jacques Saunière está muerto.»

Langdon no podía evitar la profunda sensación de pérdida que le producía aquella muerte. A pesar de su fama de huraño, era casi inevitable venerar su innegable entrega a las artes. Sus libros sobre las claves secretas ocultas en las pinturas de Poussin y Teniers se encontraban entre las obras de referencia preferidas para sus cursos. El encuentro que habían acordado para aquella noche le hacía especial ilusión, y cuando constató que el conservador no iba a presentarse se sintió decepcionado.

De nuevo, la imagen del cuerpo de Saunière le cruzó la mente. «¿Aquello se lo había hecho él mismo?» Langdon se volvió y miró por la ventanilla, intentando librarse de esa visión.

Fuera, la ciudad se iba replegando lentamente —vendedores callejeros que arrastraban carritos con almendras garrapiñadas, camareros que metían bolsas de basura en los contenedores, un par de amantes noctámbulos abrazados para protegerse de la brisa impreg-

nada de jazmín. El Citroën esquivaba el caos con autoridad, y el ulular disonante de su sirena partía el tráfico como un cuchillo.

—El capitán se ha alegrado al enterarse de que seguía usted en París —dijo el agente. Era lo primero que decía desde que habían salido del hotel—. Una afortunada casualidad.

Langdon no se sentía precisamente afortunado, y la casualidad no era algo que le inspirara demasiada confianza. Siendo como era alguien que había dedicado su vida al estudio de la interconexión oculta de emblemas e ideologías dispares, Langdon veía el mundo como una red de historias y hechos profundamente entrelazados. «Es posible que las conexiones sean invisibles —decía a menudo en sus clases de simbología de Harvard—, pero siempre están ahí, enterradas justo debajo de la superficie.»

—Supongo —respondió Langdon— que en la Universidad Americana de París les han dicho dónde me alojaba.

El conductor negó con la cabeza.

—La Interpol.

«La Interpol, claro», pensó. Se le había olvidado que la petición del pasaporte que hacían en los hoteles europeos en el momento de registrarse era algo más que una pura formalidad; estaban obligados a ello por ley. En una noche cualquiera, en cualquier punto de Europa, cualquier agente de la Interpol podía saber dónde dormía cualquier visitante. Localizar a Langdon en el Ritz no les habría llevado, probablemente, más de cinco segundos.

Mientras el Citroën seguía avanzando en dirección sur, apareció a mano derecha el perfil iluminado de la Torre Eiffel, apuntando hacia el cielo. Al verla pensó en Vittoria, y recordó la alocada promesa que se habían hecho hacía un año de encontrarse cada seis meses en algún lugar romántico del planeta. Langdon sospechaba que la Torre Eiffel habría formado parte de aquella lista. Era triste pensar que la última vez que la besó fue en un ruidoso aeropuerto de Roma hacía más de un año.

—¿La ha trepado? —le preguntó el agente, mirando en la misma dirección.

Langdon alzó la vista, seguro de haberle entendido mal.

—¿Cómo dice?

—Es bonita, ¿verdad? —insistió el teniente señalando la torre—. ¿La ha trepado?

Langdon cerró los ojos.

—No, aún no he subido.

—Es el símbolo de Francia. A mí me parece perfecta.

Sonrió, ausente. Los simbologistas solían comentar que Francia —un país conocido por sus machistas, sus mujeriegos y sus líderes bajitos y con complejo de inferioridad, como Napoleón o Pipino el Breve— no podía haber escogido mejor emblema nacional que un falo de trescientos metros de altura.

Cuando llegaron a la travesía con la Rue de Rivoli el semáforo estaba en rojo, pero el coche no frenó. El agente cruzó la calle y entró a toda velocidad en un tramo arbolado de la Rue Castiglione que servía como acceso norte a los famosos jardines centenarios de las Tullerías, el equivalente parisiense del Central Park neoyorquino. Eran muchos los turistas que creían que el nombre hacía referencia a los miles de tulipanes que allí florecían, pero en realidad la palabra «Tullerías» —*Tuileries*, en francés— hacía referencia a algo mucho menos romántico. En otros tiempos, el parque había sido una excavación enorme y contaminada de la que los contratistas de obras de París extraían barro para fabricar las famosas tejas rojas de la ciudad, llamadas *tuiles*.

Al internarse en el parque desierto, el agente apretó algo debajo del salpicadero y la sirena dejó de sonar. Langdon suspiró, agradeciendo la calma repentina. Fuera, el resplandor pálido de los faros halógenos del coche barría el sendero de gravilla y el chirrido de las ruedas entonaba un salmo hipnótico. Langdon siempre había considerado las Tullerías como tierra sagrada. Eran los jardines en los que Claude Monet había experimentado con forma y color, alumbrando literalmente el nacimiento del Impresionismo. Sin embargo, aquella noche el lugar parecía extrañamente cargado de malos presagios.

Ahora el Citroën giró a la izquierda, dirigiéndose hacia el oeste por el bulevar central del parque. Tras bordear un estanque circular, el conductor tomó una avenida desolada y fue a dar a un espacio cuadrado que había más allá. Langdon vio la salida del parque, enmarcada por un enorme arco de piedra, el Arc du Carrousel.

A pesar de los rituales orgiásticos celebrados antaño en ese lugar, los amantes del arte lo admiraban por otro motivo totalmente distinto. Desde esa explanada en el extremo de los jardines de las Tullerías se veían cuatro de los mejores museos del mundo... uno en cada punto cardinal.

Por la ventanilla de la derecha, en dirección sur, al otro lado del Sena y del Quai Voltaire, Langdon veía la espectacular fachada iluminada de la antigua estación de trenes que ahora llevaba el nombre de Musée d'Orsay. A la izquierda se distinguía la parte más alta del ultramoderno Centro Pompidou, que albergaba al Museo de Arte Moderno. Detrás de él, hacia el oeste, sabía que el antiguo obelisco de Ramsés se elevaba por encima de los árboles y señalaba el punto donde se encontraba el Musée du Jeu de Paume.

Pero era enfrente, hacia el este, pasado el arco, donde ahora Langdon veía el monolítico palacio renacentista que había acabado convertido en el centro de arte más famoso del mundo.

El Museo del Louvre.

Langdon notó una emoción que le era familiar cuando intentó abarcar de una sola mirada todo el edificio. Al fondo de una plaza enorme, la imponente fachada del Louvre se elevaba como una ciudadela contra el cielo de París. Construido en forma de herradura, aquel edificio era el más largo de Europa, y de punta a punta medía tres veces más que la Torre Eiffel. Ni siquiera los más de tres mil metros cuadrados de plaza que se extendían entre las dos alas del museo eclipsaban la majestuosidad y la amplitud de la fachada. En una ocasión, había recorrido el perímetro entero del edificio, en un sorprendente trayecto de casi cinco kilómetros de extensión.

A pesar de que se estimaba que un visitante tendría que dedicar cinco semanas para ver las sesenta y cinco mil trescientas piezas expuestas en aquel edificio, la mayoría de turistas optaban por un itinerario reducido al que Langdon llamaba «el Louvre light»; una carrera para ver sus tres obras más famosas: la *Mona Lisa*, la *Venus de Milo* y la *Victoria Alada de Samotracia*. Art Buchwald, el humorista político, había presumido en una ocasión de haber visto aquellas tres obras maestras en tan sólo cinco minutos con cincuenta y seis segundos.

El conductor levantó un walkie-talkie y habló por él en francés a una velocidad endiablada.

—*Monsieur Langdon est arrivé. Deux minutes.*

Entre el crepitar del aparato llegó una confirmación ininteligible.

El agente dejó el walkie-talkie y se volvió hacia Langdon.

—Se reunirá con el *capitaine* en la entrada principal.

Ignoró las señales que prohibían el tráfico rodado en la plaza, aceleró y enfiló la pendiente. La entrada principal surgió frente a ellos, destacando en la distancia, enmarcada por siete estanques triangulares de los que brotaban unas fuentes iluminadas.

*La Pyramide.*

El nuevo acceso al Louvre se había hecho casi tan famoso como el mismo museo. La polémica y ultramoderna pirámide de cristal diseñada por Ieoh Ming Pei, el arquitecto americano de origen chino, seguía siendo blanco de burlas de los más puristas, que creían que destrozaba la sobriedad del patio renacentista. Goethe había definido la arquitectura como una forma de música congelada, y para sus críticos, la pirámide de Pei era como una uña que arañara una pizarra. Sin embargo, también había admiradores que elogiaban aquella pirámide de cristal de más de veinte metros de altura y veían en ella la deslumbrante fusión de las estructuras antiguas con los métodos modernos —un vínculo simbólico entre lo viejo y lo nuevo—, y que acompañaba al Louvre en su viaje hacia el nuevo milenio.

—¿Le gusta nuestra pirámide? —le preguntó el teniente.

Langdon frunció el ceño. Al parecer, a los franceses les encantaba preguntar sobre ese particular a los americanos. Se trataba de una pregunta envenenada, claro, porque admitir que te gustaba te convertía en un americano de mal gusto, y decir lo contrario era un insulto a los franceses.

—Mitterrand fue un hombre osado —replicó Langdon, saliendo por la tangente.

Se decía que el anterior presidente de Francia, que había encargado la construcción de la pirámide, tenía «complejo de faraón». Responsable máximo de haber llenado la ciudad de obeliscos, obras de

arte y objetos procedentes del país del Nilo, François Mitterrand sentía una pasión tan desbocada por la cultura egipcia que sus compatriotas seguían llamándolo «La Esfinge».

—¿Cómo se llama el capitán? —preguntó Langdon, cambiando de tema.

—Bezu Fache —dijo el agente mientras acercaba el coche a la entrada principal de la pirámide—. Pero le llamamos *Le Taureau*.

Langdon le miró, preguntándose si todos los franceses tenían aquellos extraños epítetos animales.

—¿Llaman «toro» a su jefe?

—Su francés es mejor de lo que admite, *Monsieur* Langdon —respondió el conductor arqueando las cejas.

«Mi francés es pésimo —pensó—, pero mi iconografía zodiacal es algo mejor.» Tauro siempre ha sido el toro. La astrología era una constante simbólica universal.

El coche se detuvo y el agente le señaló el punto entre dos fuentes tras el que aparecía la gran puerta de acceso a la pirámide.

—Ahí está la entrada. Buena suerte.

—¿Usted no viene?

—He recibido órdenes de dejarlo aquí. Tengo otros asuntos que atender.

Langdon respiró hondo y se bajó del coche.

«Ustedes sabrán lo que hacen.»

El agente arrancó y se fue.

Langdon se quedó quieto un momento, mientras veía alejarse las luces traseras del coche, y pensó que le sería fácil cambiar de opinión, irse de allí, coger un taxi y volverse a la cama. Pero algo le decía que seguramente no era muy buena idea.

Al internarse en la neblina creada por el vapor de las fuentes, tuvo la desagradable sensación de estar traspasando un umbral que abría las puertas de otro mundo. Había algo onírico en la noche que lo atrapaba. Hacía veinte minutos dormía plácidamente en su hotel y ahora estaba delante de una pirámide transparente construida por La Esfinge, esperando a un policía al que llamaban *El Toro*.

«Es como estar metido dentro de un cuadro de Salvador Dalí», pensó.

Se acercó a la entrada principal, una enorme puerta giratoria. El vestíbulo que se intuía del otro lado estaba desierto y tenuemente iluminado.

«¿Tengo que llamar?»

Se preguntó si alguno de los prestigiosos egiptólogos de Harvard se habrían plantado alguna vez frente a una pirámide y habrían llamado con los nudillos esperando una respuesta. Levantó la mano para golpear el vidrio, pero de la oscuridad surgió una figura que subía por la escalera. Se trataba de un hombre corpulento y moreno, casi un Neandertal, con un grueso traje oscuro que apenas le abarcaba las anchas espaldas. Avanzaba con la inconfundible autoridad que le conferían unas piernas fuertes y más bien cortas. Iba hablando por el teléfono móvil, pero colgó al acercarse a Langdon, a quien le hizo una señal para que entrara.

—Soy Bezu Fache —le dijo mientras pasaba por la puerta giratoria—, capitán de la Dirección Central de la Policía Judicial.

La voz encajaba perfectamente con su físico; un deje gutural de tormenta lejana.

Langdon le extendió la mano para presentarse.

—Robert Langdon.

La palma enorme del capitán envolvió la suya con gran fuerza.

—Ya he visto la foto —comentó Langdon—. Su agente me ha dicho que fue el propio Jacques Saunière quien...

—Señor Langdon. —Los ojos de Fache se clavaron en los suyos—. Lo que ha visto en la foto es sólo una mínima parte de lo que Saunière ha hecho.